

El impacto de China en el futuro de Asia y del mundo

Xulio Ríos (OPCh, Casa Asia / Igadi, diciembre/2008)

Que la emergencia de China está cambiando el mundo a toda velocidad es una evidencia. También es verdad que se trata de un proceso que aún puede experimentar altibajos importantes y que, por lo tanto, no puede darse por concluido en modo alguno. Sea como fuere, su lugar y función en el sistema internacional dependerá de su evolución interna y de la actitud hacia ella de cada uno de los principales polos de poder mundial.

En igual sentido, el de China superpotencia, dándolo como un hecho inevitable, es uno de los vaticinios más reiterados de los últimos años. ¿Pudiera no llegar a serlo? Existen dudas al respecto, ya que las incertidumbres de la situación internacional y las fragilidades internas derivadas de su propio proceso son lo suficientemente graves como para fundamentar cierta cautela. De lo que no hay duda es que China está presente cada vez más en nuestras vidas. Simplemente ojeando la actualidad a lo largo de 2008, podemos comprobar su protagonismo informativo: la revuelta en Tibet, los Juegos Olímpicos, el episodio de la leche contaminada, la detención de Hu Jia o el impacto de la crisis financiera, dan cuenta de la intensificación de las miradas hacia China, con variados y múltiples motivos.

Y no solo está cada día más presente, sino que el perfil de esa presencia también cambia velozmente. Si hasta hace poco, su imagen estaba asociada a los juguetes, a los textiles, a las tiendas todo-a-cien o a los restaurantes de comida china (cuya rápida proliferación algunos asociaron a la diversificación de riesgos de las triadas chinas ante la inminencia y irreversibilidad de la retrocesión de Hong Kong), ahora su perfil es otro y más complejo. China, por ejemplo, es una potencia espacial que a finales de septiembre último abordó su primer paseo estelar y sus objetivos para 2020 incluyen la creación de una estación autónoma y, quizás, pisar la Luna; en los deportes, hemos visto su medallero en Beijing, que consolida los avances registrados en Atenas, universalizando algunas figuras como Yao Ming y algunos más; en lo tecnológico, sus pasos son cada vez más firmes, como hemos podido comprobar con la construcción de la vía férrea a Tibet, salvando complejas dificultades técnicas, o el impulso de su industria aeronáutica (China construye hoy los helicópteros ligeros más rápidos del mundo y la capacidad de sus aviones va en aumento). En el ámbito de la cultura, su proyección también es cada vez mayor y los Institutos Confucio alargan su presencia en todo el mundo acaparando la atención de numerosos gobiernos. Por último, ha pasado de ser país receptor de inversiones a ser también inversor en determinadas áreas como América Latina o África, si bien con un perfil ciertamente bajo (con un volumen inferior, por ejemplo, al aplicado por Taiwán).

Nada de esto es casual. Es fruto de un doble éxito. En primer lugar, económico, en virtud de esa tasa media de crecimiento del 9,8% a lo largo de treinta años, que la ha convertido en la cuarta economía del mundo. En 1979 exportaba por valor de 10.000 millones de dólares, mientras que en 2007 lo hacía por valor de 1,2 billones. Sus reservas de divisas equivalen a



De lo que no hay duda es que China está presente cada vez más en nuestras vidas. Simplemente ojeando la actualidad a lo largo de 2008, podemos comprobar su protagonismo informativo: la revuelta en Tibet, los Juegos Olímpicos, el episodio de la leche contaminada, la detención de Hu Jia o el impacto de la crisis financiera, dan cuenta de la intensificación de las miradas hacia China, con variados y múltiples motivos. [Foto: Las autoridades chinas se disponen a destruir una partida de leche contaminada en Baofeng, provincia de Henan, el 10 de noviembre de 2008].

1,9 billones, siendo las más importantes del mundo. Las estimaciones de diversos organismos la señalan ya como la primera potencia económica del mundo en apenas dos décadas más. No obstante, debiéramos tener en cuenta que el proceso aún está en sus comienzos pues la economía china representa aún la tercera parte de la economía japonesa y la octava parte de la estadounidense, si bien estos porcentajes habría que ponderarlos tanto en función de lo engañoso de las estadísticas chinas como de los efectos correctores de la actual crisis de la que saldrán inevitables ajustes. En cualquier caso, a China le queda aún mucho trecho para crecer y desarrollar al máximo sus potencialidades, un proceso que, culminado con éxito, derivará en una potencia de gran capacidad económica y productiva.

En segundo lugar, cabe hablar también de un éxito más global, de carácter sistémico. En efecto, a diferencia de los países del Este europeo que optaron por la terapia de shock como instrumento para llevar a cabo la transición de una economía planificada a otra de mercado, China eligió su propio camino, optando por el gradualismo, la experimentación y la visión estratégica. Con la excepción del pinchazo de 1989 (sucesos de Tiananmen), lo cierto es que la estabilidad ha presidido esta inmensa y delicada transformación. Además de esta crisis, la más visible y mediática, las sombras del proceso se manifiestan en otros dominios como los desequilibrios territoriales, las desigualdades sociales y el escaso avance en materia social, por ejemplo. En 2007, de un total de 177 países, China se encontraba en la posición 81 en el Índice de Desarrollo Humano del PNUD. Las desigualdades, por otra parte, constituyen una auténtica bomba de relojería. En 2007, el PIB per capita de Shanghai era 13 veces mayor que el de la provincia de Guizhou, por ejemplo, que ya era 10 veces mayor en 2005 (las desigualdades aumentan a pesar de los esfuerzos por contenerlas). El coeficiente Gini de China se sitúa en el 0,48, un límite de riesgo que advierte de las profundas tensiones que habitan en su interior, ocultas en ese magma de prosperidad que nos ciega en el exterior. Por otra parte, entre el campo y la ciudad, las cifras oficiales constatan una diferencia de renta en 2007 de 4.140 yuanes frente a 13.786, datos que explican y justifican el malestar por el desigual reparto de la prosperidad generada en las tres últimas décadas y que ha disuelto de un plumazo el igualitarismo reinante en el periodo inmediatamente anterior.

A la hora de evaluar los impactos, no debemos perder de vista que el objetivo general del proceso de reformas que vive China presenta dos dimensiones clave. De una parte, sin vocación mesiánica de ningún tipo y afirmando su propia soberanía, explorar una vía singular al desarrollo (el socialismo con peculiaridades chinas), como intentara Mao en su día alejándose de la URSS convencido como estaba de que no podía haber “dos soles en el cielo”. De otra, recuperar la grandeza perdida, objetivo que se expresa en dos variables. De una parte, el desarrollo; de otra, la soberanía. En cuanto al primero, la evolución del peso de China en el PIB mundial ilustra a las claras su decadencia y resurgimiento: 33% en 1820; 22% en 1870; 9% en 1913; 4% en 1950; 3,4% en 1980; 6% en 2007; 6,6% en 2008. Las guerras del opio simbolizan el ecuador de esa decadencia.

El empeño en la soberanía, que explica en cierta medida el auge del discurso nacionalista, tiene también dos dimensiones: hacia dentro y hacia fuera. Es decir, no solo se trata de recuperar la capacidad plena para decidir libremente y sin cortapisas sobre los asuntos globales o la gestión de sus intereses internacionales, sino también de recuperar el control sobre aquellos territorios que llegó a perder en virtud de su decadencia histórica. La unificación es, por ello, la otra cara, inseparable, de la modernización china, y sin ella, esta última nunca será completa. Consumada en relación a Hong Kong (1997) y Macao (1999), queda pendiente la isla de Taiwán, inmersa en un proceso de acercamiento fluido en lo económico, pero limitado en lo político ante las insuficiencias de la fórmula “un país, dos sistemas”, núcleo duro de la posición continental. Estamos ante una diferencia importante respecto a los procesos vividos en los países del socialismo real, donde el cambio de modelo llevó aparejado en numerosos casos la desmembración territorial, ya que en China, por el contrario, esa transformación se desarrolla en paralelo a un proceso de afirmación de su soberanía y de recuperación de buena parte de su dimensión histórico-territorial.

Estos objetivos se traducen, en lo económico, en el programa de las llamadas cuatro modernizaciones (industria, agricultura, defensa, ciencia y tecnología), y en lo político, en la reiteración de los cuatro principios fundamentales (perseverancia en el socialismo, dictadura del proletariado, dirección por el Partido Comunista y vigencia del marxismo-leninismo pensamiento Mao Zedong), formulados por Deng Xiaoping para evitar la deriva capitalista del proceso modernizador. En realidad, de las cuatro modernizaciones ya se hablaba en

1964, durante la etapa conocida como de “restauración burocrática”, el periodo intermedio entre el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, con Mao marginado del poder, Liu Shaoqi en la presidencia de la República y Deng Xiaoping al frente de la secretaría general del PCCh. Liu Shaoqi, el auténtico ideólogo y cabecilla de la “línea negra”, acabó falleciendo en la cárcel en 1968. Recientemente, la actual cúpula china le homenajeó en pleno con motivo de cumplirse el 110 aniversario de su nacimiento.

El logro de los objetivos finales y el nivel de impacto global de este proceso va a depender de la gestión de una agenda cuyos contenidos principales hoy día y a futuro (básicamente en los próximos diez años, que conformarán una década decisiva) podríamos resumir de la siguiente forma. En lo económico, dos son las preocupaciones fundamentales. De una parte, el cambio en el modelo de desarrollo; de otra, la reducción de los desequilibrios y las desigualdades. En cuanto a lo primero, cabe señalar que China ambiciona ser algo más que el taller del mundo. Su modelo de crecimiento se ha basado en tres claves principales: inversión exterior, mano de obra barata y orientación de la producción hacia la exportación. Ese modelo ha llevado consigo importantes costes que han sido despreciados y, además, si China ambiciona ser una potencia global, debe incorporar a su modelo claves indispensables como el factor ambiental, el tecnológico, el uso racional de la energía, la potenciación del mercado interior, el impulso al campo, etc., elementos que en efecto están presentes en la caracterización de ese nuevo modelo y que le permitirían superar buena parte de las fragilidades del presente. La actual crisis financiera extrema la urgencia de este proceso, pues los efectos se centran en las exportaciones, sector inmobiliario, etc., afectando al empleo de forma ostensible (en Shenzhen o en Pudong, se habla ya de varios millones de desempleados). Estas circunstancias aconsejan la aceleración de esta transformación, proceso complicado en una economía de las dimensiones chinas. En cuanto al segundo elemento, la intensidad de las desigualdades y desequilibrios que ha generado el actual proceso de transformación son bien conocidas y se concretan en abismales diferencias de desarrollo entre el este y el oeste del país, con la consiguiente pérdida de cohesión territorial que exigirá grandes esfuerzos para ser corregida.

En lo social, la deconstrucción parece haber tocado fondo. En 2006, se han planteado numerosos objetivos a alcanzar en el orden de la salud, la educación, la seguridad social, la legislación laboral, los servicios básicos a la población, etc., a sabiendas de que el crecimiento a cualquier precio no puede ser ya la señal de identidad del proceso chino. Al igual que la atención al factor ambiental, la sociedad armoniosa proclamada por Hu Jintao exige que las desigualdades dejen de crecer. El objetivo del gobierno es completar la red de seguridad social en 2012 y algo calificable como estado social en 2049. La crisis actual y sus efectos sobre el empleo y las capas más desfavorecidas, entre ellas la población flotante, exige una profundización de las medidas de esta naturaleza.

En lo político, la capacidad para democratizar las relaciones sociales y ampliar la esfera de los derechos cívicos decidirá el futuro del PCCh, obsesivamente preocupado por la estabilidad y con miedo creciente al bloqueo político, encarado siempre cabalgando a medio camino entre el post-maoísmo y el retro-maoísmo, entre la innovación y el conservadurismo. La democracia ha sido el asunto central del XVII Congreso del PCCh celebrado en octubre de 2007 y todo indica que su apuesta se orientará a la reforma y profundización del actual modelo sin apostar por un cambio que ponga en cuestión sus vértices esenciales: el papel del PCCh, la negación del pluralismo, la supeditación de las estructuras básicas del sistema (justicia, ejército, los medios de comunicación, etc.) a su política sin arbitrar una efectiva separación entre Estado y Partido. La corrupción, gran asignatura pendiente, seguirá ensombreciendo el gobierno de la virtud predicado por un PCCh que dosifica los escándalos y la severidad en función de sus intereses, pero sin capacidad (¿ni interés?) efectiva para reducir sus elevados niveles en la sociedad china.

En el orden político también se debe prestar atención a los problemas de naturaleza territorial. De una parte, las relaciones con Taiwán que con Hu Jintao han entrado en un nuevo tiempo, favorecido por la elección de Ma Ying-jeou, del KMT (Kuomintang), con quien el PCCh ha establecido una política de cooperación bilateral en 2005 que está dando frutos importantes. El espacio internacional de Taipei y la defensa son aspectos que sintetizarán la evolución de una relación que en lo económico crece a ritmo vertiginoso. La normalización de los intercambios, que ya son directos, y el tratado de paz, junto a la posible participación de Taiwán como país observador en la OMS (Organización Mundial

de la Salud) pueden marcar un rumbo de distensión notable que será fiscalizado de forma permanente y exhaustiva por una oposición que no dará su brazo a torcer.

Por lo que se refiere a las tensiones con las nacionalidades minoritarias, fundamentalmente en Tibet y en Xingjiang, la política del gobierno central se basa en la doble convicción de que puede dominar el factor religioso y que el desarrollo, liderado por la comunidad han presente en dichos territorios, acabará por vencer el nacionalismo irredento, circunstancias ambas de difícil cumplimiento. El fracaso de las negociaciones con el Dalai Lama y el repunte de la violencia en Xingjiang aventuran escenarios de conflicto que seguirán pasando factura a esa negativa a reformar un modelo autonómico, claramente formalista e insuficiente para avanzar en la generalización de fórmulas descentralizadoras y de autogobierno leal. Por último, cabe citar las tensiones territoriales entre el gobierno central y los poderes provinciales y locales, cuyas prioridades y políticas, muy influenciadas por una corrupción largamente extendida, no siempre coinciden con las del poder central y amenazan con desestabilizar la política general del país. Así, pues, los factores ligados a la arquitectura político-institucional constituyen un factor de proyección política notable que puede incidir de forma sustancial en la democratización de la política china.

En las relaciones con el exterior, cabe hablar, en primer lugar, de una gran ruptura histórica. China fue durante quince siglos el centro del mundo, pero viviendo de espaldas a él. Esa fue, sin lugar a dudas, una de las causas principales de su decadencia. La China de hoy, la misma que puede volver a ocupar una posición central en el sistema internacional del siglo XXI, ya no puede (ni quiere) vivir de espaldas al mundo, lo cual simboliza un cambio de gran calado histórico. Esa dimensión exterior supone, en realidad, el hecho más novedoso de la reforma china iniciada en 1978 y está presente ya en el planteamiento inicial. No olvidemos que la reforma nace con la creación de las zonas económicas especiales (Shenzhen, Zhuhai, Xiamen...), en el entorno de los territorios a “recuperar” (Hong Kong, Macao, Taiwán), con la ambición de captar capitales, tecnologías y experiencias avanzadas de administración. Otro cambio importante en esta perspectiva de relación interdependiente con el exterior es el que se produce en 1994, cuando China se convierte en un país importador de petróleo (hoy ocupa la segunda posición del ranking mundial a este nivel), al igual que 2001, cuando ingresa en la Organización Mundial del Comercio. Hoy China está presente en África, en América Latina, y lo está cada vez con mayor peso e influencia, aunque muy por debajo de sus reales posibilidades con el propósito consciente de no desatar inquietudes incontroladas en sus rivales estratégicos. Sus relaciones con Rusia, EEUU, Japón, la UE o India se han fortalecido en los últimos años. Su presencia en las crisis (ya hablemos de Corea del Norte o Irán) es cada vez más determinante y cabe imaginar que irá en aumento.

Todo ello se refleja en una diplomacia en permanente evolución en la que aún pesan lo suyo las cautelas sugeridas en su día por Deng Xiaoping (“no portar la bandera ni encabezar la ola”) que en tantos despierta recelos sobre su ambigüedad y les pone en alerta ante la opacidad de sus intenciones reales. De la emergencia pacífica al desarrollo pacífico, de la multipolaridad al multilateralismo, el “mundo armonioso” que propone Hu Jintao se basa en el diálogo y en la búsqueda del acuerdo, una reflexión y una política que hoy se basa en la certeza de que su principal factor de proyección es la economía y no la defensa, pero ganando esta cada vez mayor significación a la vista de que sus intereses abarcan cada vez más escenarios situados fuera de su territorio.

La percepción exterior sobre el rumbo que China pueda seguir en los próximos años dependerá, en lo esencial, de la evolución de cuatro factores principales: el grado de agresividad que llegue a manifestar en sus decisiones en materia de política exterior energética y de acceso a las materias primas; el grado de agresividad de sus multinacionales en el mercado global (a lo largo de 2009, con tantas empresas occidentales en situación desventajosa, se podrá observar el comportamiento chino en su política de adquisiciones); la identidad de su política en materia de defensa, en la que apostará cada vez más fuerte, haciendo hincapié en las armas anti-satélite, las comunicaciones, los misiles, la armada ...; y la moderación o agresividad de su política global expresada en términos de cooperación o no con terceros, en especial, en situaciones de crisis. A este respecto, tanto en la crisis asiática de 1997 como en la actual, cabe destacar su actitud constructiva, al igual que la voluntad expresada en la gestión de sus litigios territoriales en los que promueve acuerdos de gestión respecto de los asuntos en los que existe entendimiento mientras deja a un lado

(¿para cuando sea más fuerte?) los elementos de discrepancia.

En cuanto a la actitud de las principales potencias en relación a China, la visión de cada una de ellas incluye la consideración de cinco variables, algunas ofreciendo una clara complementariedad frente a otras visiblemente contradictorias. Así, China es: un inmenso mercado, un socio económico valioso, un competidor económico, industrial o energético; un adversario o rival, político o estratégico; o una amenaza.

Para Estados Unidos, China es, en primer lugar, un mercado y un socio económico parcial pero también una amenaza para algunos de sus sectores productivos (agricultura, textil, siderurgia, automóvil, etc.). También es un competidor por los recursos energéticos y materias primas, además de un peligro potencial en relación a países aliados como Taiwán. Washington se juega con China la supremacía global y ello explica su preocupación por su proyección estratégica en ámbitos como las armas anti-satélites (alertado por la destrucción de un satélite con un misil en enero de 2007) o sus capacidades espaciales. A EEUU le interesa una integración económica de China que no cuestione su liderazgo, fomentando, en paralelo, el estrechamiento de sus vínculos con Japón, Taiwán, Australia, India, e incluso con Rusia. A China, por el contrario, le interesa el afianzamiento de un sistema multilateral que limite la actual libertad de movimientos de Washington obligándole a depender de él.

En cuanto a Japón, China es su socio económico número uno, pero las sombras de su relación son muchas y espesas. Es, en primer lugar, un competidor regional de primer orden y una amenaza tanto respecto a su aprovisionamiento energético como en relación a Taiwán. China, muy interesada en acceder a las capacidades tecnológicas de Tokio, impide el acceso de Japón al Consejo de Seguridad de la ONU utilizando como argumento, entre otros, una responsabilidad histórica (armas químicas, trabajo forzoso, esclavas sexuales, etc.) que no acaba de asumir (visitas al templo Yasukuni). Además, ambos países mantienen litigios territoriales (Diaoyu/Senkaku). La inestabilidad de la política japonesa (con tres primeros ministros desde septiembre de 2006) tiene su traducción en la política hacia China: más condescendiente con Shinzo Abe, más complaciente con Tasuo Fukuda, más distante con Taro Aso. El debate acerca de la “asiatización” de sus políticas, el entendimiento bilateral y la reducción de las dependencias con respecto a EEUU (hacer de Japón un país “normal” como señalaba Abe) condiciona la evolución de sus relaciones.

Por lo que a Rusia se refiere, China es, ante todo, un cliente energético importante (reforzado recientemente con el acuerdo para llevar petróleo ruso al campo de Daqing, logrado durante la visita de Wen Jiabao a Moscú en este mes de noviembre). Esa relación, que en lo económico ha crecido mucho en los últimos años pero que aún se mantiene en niveles muy mejorables, adquiere en lo político los perfiles de una alianza frente a Washington que bien pudiera ser coyuntural y condicionada por la convergencia de sus intereses en áreas clave. Frente a la amenaza demográfica que supone la China superpoblada frente a una Siberia rusa en claro retroceso poblacional, la Organización de Cooperación de Shanghai les ha permitido unir fuerzas para blindar Asia Central frente a la penetración estadounidense que ha seguido a los sucesos del 11-S (2001).

En cuanto a la Unión Europea, China es para Bruselas un importante mercado y también un socio económico con sectores en situación de riesgo y conflicto. Competidores ambos por el acceso a determinados recursos básicos, a China le interesa su modelo social, pero el diálogo político, que había sido el símbolo principal de esa relación, se ha visto seriamente dañado en los últimos tiempos, en primer lugar, en virtud de la decepción china por la actitud europea en asuntos como el levantamiento del embargo de armas impuesto a raíz de los sucesos de Tiananmen (1989), muy enfeudada a los intereses de Washington, y, en segundo lugar, por la decepción europea tanto ante la falta de avances y resultados de ese diálogo como a su subalternización en relación a EEUU, que China ha privilegiado de forma absolutamente clara ante la complejidad de su entendimiento con una Europa prácticamente inexistente en política exterior.

Los escenarios que en su conjunto puede configurar la evolución de tan complejo marco de relaciones cruzadas podrían resumirse del siguiente modo.

En primer lugar, la emergencia pacífica, tesis defendida por China y según la cual, las rivalidades suscitadas por su crecimiento estarían controladas, facilitando una integración

global y cooperativa, con un diálogo permanente con EEUU y demás potencias significativas.

En segundo lugar, una multipolaridad inestable y competitiva, basada en la activación de la inquietud global derivada del creciente aumento de la influencia de China que persigue sus objetivos en solitario y sin hacer concesiones de valor a terceros. Sin aliados claros, China tampoco tendría que lidiar con alianzas estables frente a ella.

En tercer lugar, la búsqueda del liderazgo por parte de China, acentuando el objetivo de la supremacía, originando tensiones abiertas con EEUU, Japón, India o Rusia, provocando una progresiva división en campos de influencia que tanto podría afectar al escenario asiático como al conjunto del planeta.

En último lugar, el enfrentamiento abierto que podría darse, básicamente, con EEUU y, fundamentalmente, por causa del conflicto con Taiwán si el actual entendimiento llega a naufragar, aunque también podría presentar otras ramificaciones en escenarios más periféricos.

China dice apostar por la primera hipótesis. La más probable es una síntesis del primer y segundo escenario, pero no deben descartarse otros en un tiempo internacional tan fluido. El nivel y la intensidad del diálogo con EEUU y Japón serán claves para facilitar esa nueva configuración del poder planetario, haciendo un hueco a un protagonista de las dimensiones de China.

Bibliografía recomendada:

CORNEJO, Romer (coordinador). China: radiografía de una potencia en ascenso, El Colegio de México, México, 2008, Páginas, 650.

DANIEL OVIEDO, Eduardo. China en expansión, Universidad Católica de Córdoba, Córdoba (Argentina), 2005, Páginas, 608.

RÍOS, Xulio. Mercado y control político en China, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007, Páginas, 230.

RÍOS, Xulio. Taiwán, el problema de China, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2005, Páginas, 216.

RÍOS, Xulio (ed). Política exterior de China, Biblioteca de China Contemporánea, Edicions Bellaterra, Barcelona, páginas, 326.

VVAA. El milagro chino desde el interior, editorial Popular, Madrid, 2006, Páginas, 198.

Xulio Ríos, director del Igadi y del Observatorio de la Política China (Casa Asia-Igadi).